



EL EVANGELIO SEGÚN JESÚS

Julio Millares

EL EVANGELIO SEGÚN JESÚS



Primera edición: mayo de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Julio Millares

ISBN: 978-84-10253-54-4

ISBN digital: 978-84-10253-55-1

Depósito legal: M-11796-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis queridísimas hijas Matilde, Joanna y Emilia.

Traducido directamente del arameo, fue hallado por un beduino en rollos fechables aproximadamente en el año 30 (era del Señor), en una cueva cerca de Khirbet Qumrán, orilla noroccidental del mar Muerto, Israel, a comienzos del siglo XXI.

JULIO MILLARES,
el traductor

Prólogo del traductor

Todavía recuerdo aquella mañana esplendorosa cuando recibí el llamado de mi querido amigo, el dr. Eliezer Cohen, del Departamento de Estudios Semíticos de la Universidad de Tel Aviv. Nos conocimos en Harvard haciendo el doctorado, él en hebreo bíblico y yo en arameo, y desde entonces hemos estado siempre en contacto, a pesar del tiempo transcurrido y de la distancia que nos separa. Eliezer es muy directo y enseguida me preguntó si me interesaba traducir un documento recientemente encontrado en una de las cuevas de Qumrán. «Julio, se trata de algo absolutamente asombroso», dijo. «Un documento del año 30 del que ya hemos comprobado su autenticidad, dictado por Jesús en persona. Al tenerlo en mis manos lamenté mil veces no tener el dominio que tienes tú del arameo de esa época. Por eso te pregunto a ti primero que a nadie, ¿quieres traducirlo al español? Michael Long lo traducirá al inglés, Simone Ponty al francés y Franz Bachmeier al alemán».

No podía creer lo que estaba oyendo y cuando al fin lo tuve conmigo, leerlo fue recibir golpe tras golpe. El documento nos presenta a un Jesús radicalmente diferente del que nos presentaron siempre, un judío enraizado firmemente en su contexto histórico y consecuencia de él, un eslabón de hecho en la tradición profética de la que emerge, un Jesús fascinante, humano y apasionado amante de la vida, sensible pero crítico al mismo tiempo, profundamente preocupado por su pueblo y en total contraste con el Jesús etéreo y evanescente del cristianismo posterior.

Las investigaciones nos han mostrado que su intención era instaurar un reino de paz y amor sobre tierra judía y que el reino cristiano de los cielos lo propusieron los evangelios canónicos cuando se encontraron con el hecho de la destrucción del Templo de Jerusalén en el año 70 d. C. Recordemos que el evangelio de Marcos es de ese año, el de Mateo del 80-90, el de Lucas está en un espectro un poco más amplio pero dentro de la misma época y el más tardío de Juan pertenece a los últimos años del primer siglo, es decir escritos por personas que no vivieron allí, que no fueron testigos de los sucesos y no conocieron a Jesús. Estos evangelios, que coinciden en los dichos de Jesús, pero que a menudo difieren en sus hechos, tienen, además de su intención apologética, un propósito de adaptarse a la situación política reinante. En el 66 de nuestra era comenzó la primera guerra judeorromana que culminó en el 70 con la destrucción del Templo y en el 113 y el 132 las dos siguientes, que terminarían en la diáspora y expulsión total del pueblo judío de su territorio. El cristianismo se extendía en el imperio romano y había que tomar distancia de sus raíces judías y hacerlo tolerable a Roma. Esa ha de ser la explicación por la cual, entre muchas otras cosas, un conocido verdugo como Pilatos, quien no terminó normalmente su carrera sino que fue desterrado a Galia por sus excesos represivos, es presentado como queriendo salvar la vida de Jesús perdonándole en cambio la vida a un zelote como Barrabás. También por esa necesidad de adaptarse a la realidad política del imperio, el reino de Dios que Jesús veía realizarse en la tierra —tal como siempre lo vio la cultura judía— la doctrina cristiana posterior lo trasladó luego al cielo.

Han transcurrido dos mil años desde el principio de nuestra era hasta el presente y es lógico que se hayan producido muchos cambios, un estado de cultura ha sucedido a otro y eso indefectiblemente exige en toda comprensión del pasado una investigación antropológica. Los conceptos de niñez y adolescencia, para señalar lo más inmediato, son recientes en nuestra cultura. Las mujeres eran núbiles desde los once-doce años, antes incluso, y una perso-

na a los veinte ya era adulta, o mejor dicho no existía una línea divisoria entre psiquismos en diferentes estadios de desarrollo como tenemos hoy. Normalmente no se vivía más allá de los cuarenta. Tampoco sabemos nada, por ejemplo, del trato entre hombres y mujeres. Es fuerte la evidencia de que las relaciones de género están fuertemente marcadas por el patriarcado y así con muchas cosas relacionadas, cómo se comunicaban entre sí, sus registros de coloquialidad, etc. Toda traducción es una interpretación, es decir una lectura que en este caso nos permite comprender un pasado que se nos ha tornado enigmático y en eso somos concientes de que para hacer comprensible a nuestros ojos estos hechos tan lejanos debemos verlos en nuestros términos. Los primeros indígenas americanos ante quienes se acercaron las naves de Colón no pudieron verlas, no tenían punto de referencia alguno para percibir algo tan diferente. Para ver debemos reconocer por lo menos algo de lo que ya está en nuestro aparato psíquico de percepción del mundo. El famoso proverbio italiano *traduttore traditore* se actualiza siempre como cierto. Solo podemos ver al Jesús de hace dos mil años con nuestros ojos.

Sea como sea, aquellos meses febriles en los que traduje el manuscrito me dieron una y otra vez días de estremecedora maravilla ante la vida humana que sigue siendo central en nuestra cultura occidental, porque me permitieron ser un testigo privilegiado del Jesús más íntimo y real, de una persona de carne y hueso con su empatía sin par, sus amores, dolores, dudas, miedos y pensamientos con total sinceridad y profundidad, de un Jesús al que se podía tocar y oler y conocer como al amigo más querido. Nunca le agradeceré a Eliezer Cohen lo suficiente haberme dado esta posibilidad y que ahora tengo el placer de entregar al público hispánico con orgullo.

DR. JULIO MILLARES

I

* La lucha con el ángel *

Restregué los ojos en el áspero y angustioso aire del Tábor aquella madrugada. Abajo, las sombras cubrían los olivares y nogales que rodeaban al monte y aquí arriba no resplandecía la luna como en tantas noches sino que callaba, opacada y herida por largas y estrechas nubes que parecían llagas. ¿Qué estaba pasando?, me llevé la mano al pecho para sujetarme el corazón, que me saltaría por la boca de un momento a otro. Me restregué los ojos otra vez y sé que mis labios se abrieron de asombro y sentí que se secaban: no comprendía lo que pasaba o quizás sí, de a poco, en hilos que juntaría después, a sorbos entre las lágrimas que me arrancaban las ráfagas de viento. Aquí arriba, los olivos, los pinos y las pequeñas acacias se estremecían sacudidos y yo no sabía cómo contener las olas de miedo que me subían a la garganta. El ángel, Elohim, era él, Elohim, ¿de dónde me venía esa certeza?, no lo sé, pero ahí estaba, dura como una piedra en el aire acre y vibrante, Elohim en la forma de un ángel: a Yahvé no se lo puede mirar cara a cara, eso dicen, se lo dijo a Elías y le mostró solo la espalda. Yo lo veo todo desde aquí, trepado a un olivo, aunque el viento caliente me arde en los ojos y en la nariz.

Elohim se erguía tres veces más grande que Jacob, las enormes alas azules encima de su cabeza, más claras y lilas en el centelleo de la ventisca, sacudían diagonalmente el aire con sus bordes curvos

y afilados al tiempo que sus brazos intentaban febrilmente aferrar a Jacob y apretarlo contra sí para quebrarlo en la cintura, pero él se escabullía a un costado o hacia abajo, una y otra vez. Por momentos se doblaban sobre sus rodillas o giraban sobre el suelo en la lucha, pero se erguían de inmediato y la ventolera los azotaba con arbustos en las caras y en los brazos y hacía flamear e hinchaba sus túnicas entre forcejeos, arrastres y tirones. Desde aquí oía el jadeo pedregoso y ronco, como de animal sorprendido de Elohim, y el delgado y desesperado de Jacob y, por un instante, le vi el fulgor de locura en los ojos haciéndole arder el ansia en su escualido cuerpo.

A Elohim no lo veía claramente, su rostro delgado y contraído resplandecía con una luz lila insoportable y tuve que cerrar mis ojos de a ratos y protegerme con la falda del turbante. Jacob no lo miraba a la cara, no con la furia que luchaba, se arrodillaba, saltaba, se inclinaba, giraba fugándose de los brazos y de las piernas del ángel, que buscaba por todos los medios derribarlo. En un momento logró Elohim tomarlo de los hombros y trató de arrojarlo hacia una roca, pero la veloz pierna derecha de Jacob lo golpeó con fuerza sobre los tobillos y le hizo perder el equilibrio, con lo que los dos rodaron en un suelo que ardió en polvo, en hojas secas, en sudor chisporroteando en el aire, en el acelerado jadeo de los dos, que se partía en gotas de saliva y trozos de gemidos, de valor y miedo y un pedido de auxilio ronco y sordo.

¿Murmuró Jacob una plegaria que entrecortaba su asfixia? Si así fue no desgastó su lucha, sino que continuó con un aliento arrancado de la nada. Logró liberarse de los brazos del ángel que lo apretaban por la espalda y rodaron en varias direcciones. Jacob trataba de poner los pies sobre el vientre de Elohim para catapultarse hacia fuera, pero el rostro del ángel se le hundió como una brasa ardiente sobre su pecho cabalgando desnudo en el viento, bramó furiosamente, y mordiéndose los labios, logró echarse hacia atrás en una absurda voltereta que le permitió erguirse vacilando un momento sobre el suelo. Con un grito entrecortado saltó entonces varias veces sobre el pecho de Elohim privándolo de aire. El ángel se

llevó las manos al pecho, su boca se abrió desesperada tratando de recuperar el hilo de su aliento y sus alas se cerraron sobre sí como para esconder vergüenza. Jacob las abrió interponiendo su cuerpo oblicuamente para que no se cerraran otra vez, se puso de rodillas sobre el pecho y tapó la angustiada boca de Elohim con una mano y con la otra le cerró la nariz. El cuerpo del ángel se debatió unos momentos pero saltó luego en espasmos y estertores, el gemido que se metalizaba ahora en silbidos roncros y quebrados era el de él.

Yo no podía creer lo que veía y en mí también el aire rehusó entrar en mi boca varias veces, pero ese era mi asombro, mi incredulidad, mi júbilo y mi pena. Elohim intentó llevar las piernas al vientre como para protegerse, su ala derecha aleteaba como si tratara de aferrar lo que le faltaba, pero fallaba y se sacudía en estertores. Se le había apagado el color azul y lila y se podían distinguir los rasgos de un muchacho desamparado y abatido de ojos azules, fina nariz y morados labios como líneas que trataba de poner de lado el cuerpo para escapar del implacable acoso de Jacob. Elohim aspiró entonces un gemido ronco y su pecho se hinchó del poco aire que le permitió preguntar ¿quién eres? mientras se llenaba de ardientes lágrimas su rostro. Sobre mí golpeó una ola de pena, vergüenza y compasión. Jacob, le respondió el pequeño, y se inclinó de nuevo sobre él extrañamente conmovido y bañado en la luz de su llanto. No se dirá más tu nombre Jacob, dijo Elohim, sino Israel, porque has luchado con Dios y has vencido.

Todo esto lo vi y lo creí aunque bien sé que los ojos no siempre muestran lo que uno ve o lo que está y también que lo que está puede hacerlo de diferentes maneras. No me conozco en absoluto y sin embargo vibro a veces con súbitas certezas. Había amainado el viento y Jacob se levantó permitiendo que Elohim se pusiera a su vez de pie y ayudándolo. El ángel sonrió tristemente y desapareció, bañado aún en lágrimas, todavía traspasado por una vergüenza traidora e implacable.

Solo en ese momento pude ver el mar de Galilea abajo reflejando una luna ahora intensa pero muda, trémula y atónita. Qué mun-

do tan bello es este que así palpita en cada hálito su vida y se hunde y emerge aún más vulnerable y breve. El pequeño Jacob extendió los brazos con los puños cerrados y lanzó un grito de alegría que surgió desde lo más profundo de su vientre. Yo también sentí el vértigo, el asombro sin límites vibrándome en cada poro, la alegría. Una y otra vez resonaba dentro de mí la inverosímil conclusión, como un eco rebotando exultante entre las paredes de mi cuerpo hecho campana y parche de tambor: Elohim podía ser vencido, un hombre había vencido a Dios.

* Quiero entender todo *

Santiago dice que el maestro es bueno, aunque narigón y con cara de pez, pero bueno. Se llama Nefesh, dice que por eso se llama así, porque tiene que ver. Yo no entiendo qué tiene que ver. A veces Santiago dice cosas que no entiendo, es mi hermano mayor y le tengo que obedecer, dice, pero le obedezco solo si quiero, si no quiero no. Nefesh peleó con Judas el Galileo cuando los zelotes tomaron Séforis pero no lo crucificaron los romanos como a Judas, se fue corriendo y corrió tres días y tres noches hasta que los veintisiete romanos que iban detrás de él se fueron cayendo uno por uno al suelo y no se pudieron levantar, así que Nefesh se quedó solo y cuando lo vio le dio una vuelta entera al mar de Galilea y volvió a Nazaret por el lado contrario al que se había escapado, aunque delgado como un palo y con la nariz más larga y doblada, dice él mismo, y eso porque la levantaba todo el tiempo para respirar mejor, lo cierto es que él llegó y los romanos no, eso es lo bueno, pues ahora es nuestro maestro.

Santiago dice que Nefesh no solo es bueno para correr, sino que enseña bien. Todos le entienden, Judas, Asher, Eleazar, incluso Malkiel, que es un poco mermo y yo también lo voy a entender, me dice, que aunque yo sea como una caña no me falta con qué entender. Eso dice Santiago, porque el pensamiento no lo tengo en la caña misma sino en el penacho que va arriba y es cierto que

tengo pelo, siempre tuve, Santiago dice que cuando nació la mitad era pelo, yo no me acuerdo, así que no puedo decir nada. Él dice que tiene la memoria más larga que yo porque nació antes y tiene razón, pero eso no significa que yo haya sido mitad pelo, sería rarísimo, la gente no es tan peluda cuando nace, ¿por qué tendría justo yo que ser el único?

Lo bueno con Nefesh es que nadie le dijo a los romanos quién era. Los judíos no queremos a los romanos, queremos que se vayan. Los únicos que los quieren son los judíos ricos porque se hacen más ricos con ellos. Un rico siempre quiere más, es algo que les pasa, por eso son muy infelices y dan mucha pena, es lo que dice Santiago, que se la pasan llorando porque sus cofres no se llenan tan rápido como quieren y eso de estar mirando y mirando cofres debe ser muy aburrido, mejores cosas que hacer hay en la vida.

Nefesh enseña a leer y escribir en arameo y hebreo, historia del pueblo judío y ahora a los más grandes les está enseñando griego. Santiago, Judas y Asher son los que aprenden ahora, y Santiago dale que te dale con «lo bueno: to agazón», «das cosas buenas: ta agazá» y así está horas con media lengua afuera por tanta zeta y todo porque se quiere ir de marinero a conocer el mundo y el griego es como si fuera el remo, nadie anda por el mar sin remos. Yo quiero estudiar la Torá pero esos griegos también me dan curiosidad, dicen que han pensado mucho, que piensan tanto que los demás se quedan con la boca abierta y no entienden. Yo quiero entender, quiero entender todo, por eso es que empecé solo a formar palabras con el alfabeto y le muestro a Santiago y él me dice «más o menos» o «asqueroso» pero sé que voy avanzando, solo que no le gusta decir «bien» y no lo dice, o más bien es como si no pudiera, tiene que decir que está mal, pero en la cara se le ve que está bien y se asombra de lo que hago y eso me pone contento, claro, ¿a quién no?, aunque ahora que empecé la escuela le pregunto cada vez menos a él y más a Judas o a Nefesh directamente.

De Judas me hice amigo, es de Keriot, un pueblo al sur de Judea. Se vinieron acá porque el padre Ehud necesitaba estar más

cerca de Sidón y Tiro por sus negocios y acá tenían familia. Nos entendemos bien, con solo mirarnos ya sabemos qué piensa el otro, nos gustan las mismas cosas y hasta hacemos las mismas bromas. Cuando terminan las clases vamos por ahí, a veces con otros chicos pero muchas veces estamos solos. Con las tareas me ayudó desde el principio, porque entré tarde a la escuela. Mi papá no puede pagar y estuvo demorando en decidirse, fue el mismo Nefesh el que insistió, dijo que le pague como pueda, con animales incluso, ovejas, cabras, conejos, pollos o que no le pague si no puede, pero alguien del linaje de David tiene que estudiar, agregó, como si fuera lo más importante, lo que en realidad lo decidía todo. Él quiere enseñar a los chicos de su pueblo, así lo dice, lo considera su obligación, a la nación judía y a Nazaret que lo protegió y lo protege. Además, educándonos enfrentaremos mejor a nuestros enemigos los romanos, hasta que un día los echemos para siempre de Israel.

Nefesh solo cobra porque tiene que vivir, le aclaró a mi padre —por eso sé que Joseph le dará alguno que otro animal de vez en cuando para que se lo coma—, pero insiste en que hay muchas maneras de pagarle. Y quiere que aprendamos mucho, a leer, a escribir, a pensar, a no dejarnos engañar por nadie, ni por los levitas ni los sacerdotes del Templo. No son nuestros amigos, dice, están al servicio de sí mismos y de los romanos —lo mismo piensan los esenios, agrega—, y nuestros únicos amigos somos nosotros mismos. Pero nos engañan fácil, dice Nefesh, nos dicen cualquier cosa de Yahvé y nos da miedo y obedecemos como ovejas que no piensan y eso no puede ser. Nefesh quiere que pensemos, dice algo y termina siempre «por eso es necesario que pensemos, ¿entienden?».

Es bueno, Nefesh, buenísimo, hace tiempo no me río de su nariz y de su cara, me cae requetebién, a todos nos cae requetebién porque cuando nos mira lo hace con cariño y de verdad quiere que aprendamos y que pensemos. Dice que somos como sus hijos y así se siente, debe ser por eso que aprendemos todo lo que aprendemos y a mí estudiar me gusta cada vez más, todo, la gramática aramea, la hebrea, la historia del pueblo judío, los griegos. El otro

día Nefesh habló de los filósofos cínicos, de Antístenes, de Diógenes y de otros, que hacían cosas y se portaban como perros porque no les interesaba nada de nada y no hace falta nada para vivir. Diógenes vivía en un tonel, ¿qué más se puede pedir que eso? Uno mismo puede ser feliz viviendo con su túnica, bastón y sandalias y nada más, como los perros, por eso los llaman así —aunque los perros de verdad no usan sandalias—. El que menos necesita es el más feliz y el más libre, libre porque tiene todo lo que le hace falta, dicen. De Diógenes contó que cuando vio a un niño curvar la mano para tomar agua del arroyo tiró su escudilla y dijo que ese niño le había dado una lección. Pero los cínicos estaban en contra de aprender y de las ciencias, y eso no es bueno, dijo Nefesh, necesitamos las ciencias y también necesitamos reglas para vivir unos con otros. No podemos ir a la casa del vecino y tomar sus cosas y su comida. Miren cómo sería si todos hicieran eso, no podríamos vivir los unos con los otros, andaríamos quitándonos todo y sería cosa de nunca acabar. Imagínense, viene Azriel y se roba a mi madre, entonces Joseph va y se roba a Malka, pero Malka no se conforma y se roba a Jabub y Jabub las ovejas de Azriel, porque se pone como loco con las ovejas, cosa de nunca acabar, nos dijo.

¿Qué es lo bueno que podemos aprender de estos filósofos cínicos?, preguntó Nefesh. Que no nos debemos preocupar por las riquezas y por las cosas, le respondí sin levantar la mano. Sí, así es, muy bien, Jesús, y otra cosa también, importante, ¿qué es? Nos quedamos callados, ¿qué más podíamos decir?, eso de la túnica, el bastón y las sandalias ya lo dijimos, ¿qué más?, ¿que les gustaba la libertad? Sí, claro, aunque si tenían niños ¿cómo hacían con ellos?, no los tenían, simplemente, dije. No, claro, respondió Nefesh, pero no estaba pensando en eso sino en otra cosa: que uno puede pensar diferente a como piensa la mayoría, chicos, eso es lo más importante, que se puede poner en cuestión el modo de vivir y de pensar de la sociedad en la que uno vive. Uno puede no estar de acuerdo y decirlo y criticar a esa sociedad por la forma en cómo vive, ¿entienden?

Asentimos en silencio pero no sé si entendimos, por lo que sé tengo como dos niveles para entender, en uno escucho y retengo sin entender bien, como ahora, y después necesito tiempo, y luego lo voy entendiendo todo, como por partes o poco a poco. Lo que decía Nefesh era enorme, me daba cuenta de eso y se me mareaba la cabeza, me daba vueltas y vueltas hasta que se fue desenvolviendo todo lo que significaba, era como una pintura que vi una vez en donde en la figura de un elefante había adentro como siete u ocho otros animales y había que mirar con mucho cuidado para irlos descubriendo de a uno en uno.

Quizás sea porque somos campesinos, no gente que lee, para nosotros las cosas son simples: al pan pan y al vino vino. Además soy chico todavía, no tengo mundo, como dice Santiago, aunque tampoco él lo tiene. ¿Qué mundo puede tener si es como yo y no salió nunca de Nazaret? Y los judíos, me parece, no estoy seguro, los judíos no somos como los griegos, tenemos la Torá, que es una ley que seguimos punto por punto y coma por coma, y no pensamos si está bien o está mal, simplemente lo hacemos y ya. Poder pensar en una sociedad entera, qué grande, eso significa toda la nación judía para mí, pienso en una sociedad y es lo que me sale —porque no tengo mundo—, poder ver cómo está hecha, qué es lo que está detrás de cómo la gente hace las cosas. Lo que decía Nefesh era enorme: hacemos las cosas de un modo y no de otro porque detrás hay como una red, no para pescar, sino de pensamientos que nos dicen cómo se deben hacer, pero no pensamos esos pensamientos, ya están pensados, son pensamientos de otros antes que nosotros y todo se repite porque se hizo antes. Eso le dije o más o menos a Nefesh y se le iluminó la cara y me abrazó.

¡Sí, Jesús!, decía de lo más contento y me abrazó muy fuerte y dio como tres vueltas en medio del aplauso de los otros. Yo me sonreí y un segundo después me puse a reír con los otros. De verdad no sé bien exactamente de qué nos reíamos, pero el abrazo de Nefesh era algo para todos y así lo sentimos. Ese día ya no pudimos hacer mucho más con él. Ninguno quedó con ganas de seguir, así que

en un rato más empezamos a despedirnos y salimos casi todos al mismo tiempo. Judas y yo hablamos de lo último que pasó, los dos estábamos entusiasmados, creo que por la sensación de que podríamos descubrir grandes cosas y que estaban al alcance de la mano, solo que no sabíamos cómo abordarlas, ¿cómo se piensa y se va mejorando la manera de pensar?, me pregunté, tanto que se quiere algo y no se puede y no se puede. Nefesh podría ayudarnos, de eso estaba seguro, pero habría que escribir, tenía que aprender bien, pero me puse triste. Hace falta tiempo para eso y yo entre las ovejas y la carpintería... , qué lástima, Judas sí tendría tiempo, pero yo no.

* Aquí nos entregamos a ti *

Entonces vimos la multitud. Debían venir de lejos porque tanta gente no vivía en Nazaret, de los pueblos vecinos, de todas partes, algunos estaban tan sucios que no se debían haber lavado en días o en semanas. Venían de lejos, unos llevaban báculos, otros tiraban de una que otra oveja o llevaban de la mano a un niño, también había madres con bebés en brazos y mujeres y jóvenes con la cabeza gacha, algunos hombres alargaban los cuellos como buscando por encima de la multitud con los ojos perdidos y la mayoría no le sacaba los ojos de encima a un hombre esquelético cubierto con una piel de oveja negra y punzando la tierra con un báculo que marchaba un par de metros adelante. Debía haberles hablado hacía muy poco, pues la multitud parecía exaltada, sacudida, vibrante, moviéndose nerviosamente. El que los guiaba se detuvo en un lugar un poco más elevado que los demás en la ladera más cercana y volvió a hablar. Tenía los ojos encendidos como luces, la espesa barba le cubría gran parte de la cara y la hundía con el peso del polvo y el marco de las cejas hirsutas, alrededor de los labios y sobre los pelos le brillaban gotas de saliva y la cabeza le temblaba con las palabras que decía y como además movía la cabeza mirando a la multitud rostro por rostro, el golpe de sus ojos encendidos y la luz de la saliva era fuerte en cada uno.

¿Hasta cuándo entre dos creencias?, empezó, así le dijo Elías al pueblo, si el Señor es el verdadero Dios hay que seguirlo pero si es Baal, síganlo a él, gritó y miró a los rostros más cercanos que se desviaron penetrados de vergüenza. Mezclan lo profano con lo sagrado, cuando Yahvé nos advirtió que no lo hagamos, ni antes y después de entrar en la Tierra Prometida, ¡no debemos hacerlo! El mismo nombre de Elías significa «Yahvé es Dios», por eso no podía tolerar que los judíos adoraran a Baal, por eso la terrible prueba a la que sometió a los cuatrocientos cincuenta sacerdotes de Baal. Los reunió ante un altar y él se puso frente a otro y desafió a Baal a que encendiera el altar donde estaba la víctima del sacrificio mientras que a su propio altar lo llenó de agua y rogó a Yahvé que le prendiera fuego. ¿Vino el rayo de Baal a encender el fuego de su propio sacrificio? ¡No! ¡Baal no estaba porque Baal no existe! Sus sacerdotes cortaron y laceraron sus propios cuerpos rogándole que encendiera el altar pero ¡el fuego de Baal no llegó! En cambio a Elías solo le bastó levantar los brazos y Yahvé envió un rayo del cielo y todo, empapado como estaba el altar, se quemó en un momento.

Así le demostró Elías al pueblo judío quién es el verdadero Dios. ¿Podía tolerar Elías esa idolatría en el pueblo de Dios? ¡No! Lleno de ira divina llevó a los sacerdotes de Baal a una hondonada y los mató a todos. ¡Somos el pueblo de Dios! ¡Somos los hijos de Yahvé! ¡Pertenece a él!, ¡No a Baal ni a ningún otro dios, ni a ningún otro pensamiento, ni a ninguna otra cosa! Si no dejamos que Yahvé nos llene por completo no somos dignos de él. Cada paso que demos, cada cosa que hagamos, cada cosa que pensemos, ¿por quién, por qué la hacemos? Sin Yahvé no respiremos, no comamos, no bebamos, no tengamos hijos, no trabajemos. ¡En él todo! ¡Fuera de él nada! El pueblo elegido, el pueblo de Dios, ¿pero quiénes nos gobiernan? ¡Idólatras! ¡Impuros! ¡La escoria de la tierra! Porque nada de lo que hay en el mundo, los malos deseos del cuerpo, la codicia de los ojos y la arrogancia de la vida, proviene del Padre, sino del mundo y ellos tampoco gobiernan sino que

son gobernados por sus deseos. ¡Pero nosotros somos el pueblo santo, el pueblo de Dios! ¡Solo Yahvé debe gobernar Israel, pues Israel es la tierra del pueblo de Dios! ¡Todo lo demás es el Baal que será destruido! Arrodillémonos ahora y roguemos, pueblo de Israel: «Señor Yahvé, haznos tuyos, enciéndenos con tu fuego, que vivamos, que ardamos en ti y si así no fuera destrúyenos, mátanos como a los sacerdotes de Baal. Aquí nos entregamos a ti, Señor, tómanos».

* Este ardor que me hace hervir el cuerpo *

¿Estará Sulamit allá arriba? Sí, debe estar, todos los días, casi todos, su padre se murió y quedó sola con su madre, por eso tiene que cuidar las ovejas ella sola. El corazón me salta dentro, no solo por ella me gusta subir, vale todas las subidas del mundo. También me gusta estar solo arriba en los montes, escuchar un manantial, me encanta el ruido del agua, puedo pasarme horas escuchándolo, pensando, mirando el cielo. Para ordenar mis pensamientos a veces les hablo a las ovejas. Sulamit me ha visto y se ríe con su risa que me saca burbujas en el cuerpo, es que si les digo en voz alta a otro mis pensamientos se hacen más claros, se completan mientras los voy diciendo. Sí, así es, mucho más si se los digo a Sulamit, con ella es mejor, cuando me mira y escucha mis pensamientos salen brillantes, sorprendentes.

Qué placer hablarle, a veces les cambio a mis hermanos para estar con ella. Ahora le cambié a Santiago, por eso ya me puse en camino. Mamá, riéndose, me preguntó qué tanta prisa tenía pero no le dije nada. Odio cuando se burla de mí, ella sabe, ¿pero de dónde, cómo lo sabe?, me pone mal eso. Sulamit jamás le diría nada a nadie, jamás lo haría, no es como los demás, así que de ella no viene. Sulamit, cómo me gusta, este ardor que me hace hervir el cuerpo es tan fuerte con ella, más fuerte, completo, me dan ganas de besarla, acariciarla, escuchar su voz. Siempre dice cosas inteligentes y me dan terribles ganas de besarla. Sulamit no es como las otras, es

sería y profunda, y cuando me mira con esos ojos tan negros que tiene siento que me derrito. La veo y me sonrío, me sonrío todo el tiempo, como un tonto, ella también me sonrío y cuando lo hace se ilumina todo, hasta me olvido de esos sueños que tengo, por qué me tienen que tocar a mí, ninguno de mis hermanos los tiene, lo pregunté, ¿por qué a mí? No quiero pensar en eso. Ahora que veré a Sulamit no pensaré más que en ella, la miro y me olvido de todo.

Tomé mi zurrón, puse agua, queso y pan, me eché una manta al hombro y me puse en camino. Siempre me gustó caminar por estos montes de Galilea, verdes, suaves, cálidos, secretos, sembrados de manantiales por donde brota el agua más pura, un agua que canta las cosas más bellas. A veces trato de ponerle palabras al correr del agua mientras la miro y la escucho: como labios que corren en mí, sed que calma y da paz. Quiero quedarme, nací aquí y aquí quiero quedarme. Mi hermano José quiere conocer mundo y Simón y Judas dicen que ellos también y que irán juntos y comprarán un barco para comerciar entre Sidón, Tiro, Tolemaida y Cesarea, quizás hasta el mar Rojo, Egipto, y más allá aún. Así conocerán gente de otros lugares, otras costumbres, aunque sé que piensan en mujeres, eso quieren, viajar para conocer mujeres. Dicen que las extranjeras son diferentes a las judías, que solo piensan en casarse, y a mí me miran y me preguntan cómo no los acompaño, ¿no me interesa? Sí, les digo porque no me quiero sentir raro, quiero ser normal, pero es que aquí estoy más seguro, ¿por qué a mí?, me pregunto, ¿por qué yo? Algún viaje haría con ellos, supongo, pero pienso en Sulamit y me pregunto cuándo, si no puedo estar sin ella, aunque me lo callo, no quiero que ellos lo sepan.

Cuando llegué Santiago me estaba esperando impaciente para volverse a casa, quería verse con Gadit, trata de mantenerlo en secreto pero lo sabemos todos, ¿qué nos pasa que lo más natural del mundo tiene que permanecer en silencio? ¿Hay algo más fuerte, más emocionante que eso? ¿Cómo será con los otros, los egipcios, los filisteos, los fenicios, los romanos? Solo por eso me gustaría viajar y conocer mundo. Con Sulamit. No la querría dejar sola. No

quiero perderla. Santiago me dijo algo rápido que no alcancé a oír y salió corriendo. Lo que me traía corriendo lo impulsaba a él de la misma forma. Cómo nos mueve esa fuerza. No sé si es la más poderosa pero sí que es fuerte, fuertísima.

Le di una mirada a las ovejas, las conté, claro, todo estaba bien. Una estaba preñada y no le quedaba mucho tiempo. Supuse que me tocaría a mí ayudarla, aunque se las arreglaban solas, pero Joseph quería que estuviéramos presentes y cuidáramos que todo estaba bien, sobre todo por si la oveja rechazaba a su cría, lo que ocurría de cuando en cuando. La primera vez que me tocó estar en un parto me quedé muy impresionado. ¿Así veníamos al mundo? Le pregunté a mamá si era igual con nosotros pero no me quiso responder. También se lo pregunté a otras mujeres, a Marta, Kadisha, Carmela, a Ida y se rieron y salieron corriendo apenas les empecé a hablar de las ovejas y de cómo parían.

Las mujeres saben más, nosotros los varones no sabemos nada. Pero no hay duda, soy pastor, las mujeres se quedan preñadas, los burros, los carneros montan a las hembras metiendo su pene en la vagina de la hembra y después de un tiempo se gestan las crías en los vientres y paren cuando llegó el momento. ¿Por qué nosotros seríamos diferentes? ¿Por qué no podemos hablar de eso? No lo puedo entender. Nadie habla de esas cosas. Nunca. Con los adultos. Yo lo hablo con mis hermanos, y mis amigos, claro. Un poco, porque empiezan y enseguida se callan, llenos de vergüenza. Todos tienen que callar. Es impuro. Todo lo que no tenga que ver directamente con Yahvé... Él está encima de todo y en todo lo que hacemos. Pero Sulamit y yo hablamos. Somos demasiado amigos para callarnos algo. No me importa. Odio obedecer simplemente porque hay que obedecer. Además, si estoy viviendo, quiero conocer todo lo que atañe a mi vida, conocerlo lo mejor que pueda, es mi vida.

Apenas Santiago se perdió de vista colina abajo fui a buscar a Sulamit. Estaba un poco más arriba, al lado del manantial que surge cerca de una acacia. Resplandeció al verme. Nos abrazamos un

largo rato. Hacía tres días que no nos veíamos y se sintió como una eternidad. Era por mí, tuve que acompañar a mi padre a Séforis a buscar unas herramientas y no me atreví a decirle a José o a Simón, que subirían esos días. No me avisaste, ¿por qué no me avisaste?, me reprochó, y yo le dije que realmente no había podido y le conté. Ella me pellizcó dos veces en el brazo y después me golpeó con los puños en el pecho: ¡tendrías que haberme avisado, tonto! Yo me reí. ¿Cómo estaba todo?, le pregunté, ¿su primo vendría a vivir con ella y su madre, como lo planeaban? No me gustaba la idea de un primo en su casa, y él menos que menos, pero después de la muerte de su padre las dos necesitaban una ayuda, sus otros dos hermanos, Absalón y Samuel, eran todavía chicos, y la tía Raquel les había ofrecido que su hijo Abner estuviera con ellas un tiempo para que las ayudara con la granja y el ganado. Hablé con Joseph sobre eso, quizás podría trabajar en la granja para ayudarlas, pero él dijo que no podía descuidar mi formación de carpintero y me necesitaba imperiosamente con él.

Me daba tanta pena no poder ayudarla. Lo que más quería en ese momento y no podía. Abner llegaría la semana que viene. Apenas una semana, suspiré. Tenía miedo. Lo conocía. Sé que a ella le gustaba, todas se volvían locas por él. Yo no le veía nada especial pero las jóvenes lo miraban y cuchicheaban y se ponían a reír. Le pregunté si la alegraba la noticia y se alzó de hombros pero sé que estaba contenta. ¿Por qué no podía decir como era? Yo era su amigo más... No, me dije, no podía estar seguro. No sé qué era para ella, pensé con pena y desesperación, mi miedo a perderla era tan grande, sí, la podía perder. La llegada de Abner podía cambiarlo todo de una semana a otra, de un día a otro. ¿No debería darme prisa? En esto todo teníamos que hacerlo los varones. No sabía nada de eso pero ya había visto que era así. Los varones daban los pasos.

La abracé y la besé, primero en la mejilla, después la nariz, ella se rió y desvió la cara primero, pero luego se volvió y me dio un beso en la boca, corto. Yo la besé a mi vez, un poco más largo, con la boca cerrada. Después nos abrazamos y besamos con la boca

abierta. Entonces sentí que se me ponía dura. Ella también lo sintió, se apretó primero contra mí como frotándose pero después se alejó y quiso que nos sentáramos sobre unas rocas. Nos teníamos las manos y yo le daba besitos mientras charlamos y le corría el pelo que le cubría la cara. ¿Quería que la llamara cuando pariera la oveja? ¿Ya había visto un parto? Sulamit sacudió la cabeza, todavía no. El padre la había mandado lejos cuando una oveja estaba a punto de parir. Qué tontos que son los hombres, dije. Yo había estado en varios, le conté. Mi padre es esenio y todo eso es impuro para él, para todos los judíos es impuro ¡y es lo más natural del mundo!, pero Joseph es práctico. También hizo que estuviéramos presentes con su burra y una cerda de mi tía Batsheva. Siempre dice que tenemos que aprender a hacer de todo y tiene razón, somos pobres, tenemos que arreglárnoslas como podemos y con lo que tenemos.

Nosotros también hacíamos así, como los animales, le dije a Sulamit y sé que me puse colorado porque me vino un calor que me quemó hasta las orejas mientras lo decía: entramos el pene, dejamos la semilla y después de un tiempo crece la panza en la chica, da a luz y sale un bebé. Ya lo sé, tonto, se rió ella. Ya sé que lo sabes, respondí. Lo que me pregunto es por qué hacemos tanto misterio de la cosa. No se puede hablar. Y estamos hechos así. A Joseph le escuché decir que solamente se puede estar con la mujer para tener hijos, ¿pero cómo se sabe cuando se va a tener hijos?, y si no fuera tan especial como dicen que es, nadie querría hacerlo y no nacerían hijos. Y si es solamente por los hijos, ¿por qué los hombres van con prostitutas? Ese ardor que tenía me hacía estar muy inquieto y al lado de Sulamit me volvía loco de excitación. Se me había puesto durísima otra vez y no pude frenarlo, empecé a besarla por todas partes, la boca, el cuello, tenía unos pechos preciosos pequeños con pezones duros como piedra. Ella me tocó allá abajo y yo sentí un increíble placer mientras salía aquel líquido blanco que ya me había sacado antes por casualidad, solo que esta vez fue mucho más grande el placer.